

¿Todo sigue igual?

Carlos LARRINAGA
Historiador y Profesor Titular de Universidad

Contra todo pronóstico y contradiciendo a la mayoría de las encuestas, Benjamin Netanyahu ha vuelto a ganar los comicios en Israel. Se han equivocado todos los analistas que pronosticaron su derrota y que achacaron al primer ministro el haberse preocupado más por los temas de seguridad que por las cuestiones domésticas. En este sentido, la campaña electoral ha sido extraña y ha estado marcada por el viaje que Netanyahu hizo a Washington invitado por el Partido Conservador, mayoritario en el Capitolio. El hecho de que no fuera recibido por Obama y de que apelara a la seguridad para boicotear el posible acuerdo nuclear con Irán fue muy criticado por amplios sectores de la sociedad israelí. No sólo por el contenido, repetido hasta la saciedad como un mantra, sino también por erosionar las relaciones con el ejecutivo norteamericano. Como bien recordó el periódico israelí Haaretz entonces, la seguridad de Israel no depende de Irán, sino de sus relaciones con los palestinos. Y ha sido en este punto donde el líder del Likud ha vuelto a poner toda la carne en el asador en los últimos días de campaña. Olvidándose de los grandes problemas que tiene el país (alta inflación y elevado coste de la vivienda, por ejemplo), Netanyahu se ha situado claramente a favor de los intereses de los colonos, prometiendo nuevos asentamientos en las zonas ocupadas de Cisjordania y Jerusalén Este, y se ha posicionado en contra de la creación de un Estado palestino. Negativa justificada porque, según él, esto daría alas a los islamistas, señalando una vez más que sólo él es capaz de garantizar la seguridad del Estado de Israel, ya que, de ganar el centro-izquierda, éste terminaría por ceder a las presiones internacionales. Como tantas veces, el recurrir al expediente del miedo parece que da grandes réditos electorales. Y así ha sido en este caso si tenemos en cuenta que, incluso el mismo día de las votaciones, colgó un vídeo en Facebook alertando de que los árabes estaban votando en masa.

Por su parte, la Unión Sionista, esa coalición anti-Netanyahu liderada por el laborista Isaac Herzog, ha hecho una campaña electoral mucho más pegada a los problemas reales de la gente, sobre todo, al nivel de vida y a la escalada de los precios. Ha sido la política de casa la que la ha llenado de contenido y, si bien al principio a Herzog le faltó cierto carisma, lo cierto es que en la recta final consiguió aumentar sensiblemente su popularidad. El inconveniente está en que no ha sabido explicar bien qué quería hacer con el problema palestino. Sí, retomar las conversaciones de paz, ha dicho. ¿Pero para qué? No se le veía cómodo en este tema, por lo que ha tratado de eludirlo. No ha sabido romper el binomio Netanyahu = seguridad, lo que, sensu contrario, ha hecho que muchos electores hayan identificado Herzog ≠ seguridad. Y con este tema en Israel siempre te la juegas. Siendo lo que ha sucedido, ya que Netanyahu, viejo zorro de la política, no ha escatimado ni medios ni palabrería para ahondar en esta disyuntiva, habiéndole salido bien la jugada. A pesar de la sospecha de malversación de fondos públicos que pesa sobre él y su mujer y que ha estado presente durante toda la campaña.

A partir de aquí el escenario se presenta complicado, pues, como suele ser habitual en Israel, el Parlamento aparece sumamente fragmentado. Algo que tampoco es nuevo. Al fin y al cabo, en el que acaba de disolverse había 12 fuerzas políticas repartidas entre 120 escaños. Ahora son 10, pero con algunos cambios que hay que tener en cuenta. Semejante división del voto obliga necesariamente a hacer coaliciones amplias. Lo cual no siempre es fácil y suele ser la causa fundamental de que los gobiernos israelíes no alcancen a agotar la legislatura. Los 30 asientos obtenidos por el Likud son claramente insuficientes y no le queda más remedio que pactar. Netanyahu ya ha descartado a la Unión Sionista (24 puestos) y a la coalición de partidos árabes, importante novedad y tercera opción política (14). Meretz, partido socialdemócrata, que de 6 ha pasado a 4 congresistas, queda, asimismo, fuera de las posibles combinaciones. Por lo que es seguro que Netanyahu volverá a echarse en brazos de las fuerzas más radicales: Hogar Judío, de Neftalí Bennett, y Nuestra Casa Israel, de Avigdor Lieberman. Estamos hablando de dos partidos de extrema derecha con mucho predicamento entre los colonos de los territorios ocupados. Dos grupos

caracterizados por su discurso xenófobo y racista. Un discurso, todo hay que decirlo, al que se ha ido acercando cada vez más el Likud de Netanyahu, lo que le ha permitido incluso pescar votos de Hogar Judío, que pasa de 12 a 8 representantes. En cualquier caso, ambas formaciones ya estuvieron en el gabinete anterior, por lo que, de formar gobierno, no cabe duda de que Bibi cuenta con ellos. Por cierto, fuerzas políticas que en la Unión Europea estarían en el banquillo de los apestados, pues ¿qué gran partido aspira a gobernar con neonazis o con la extrema derecha?

Pero 44 electos no son suficientes para recabar el número mágico de 61 que otorga la mayoría. Quedarían los dos partidos religiosos, que entre ambos suman 13 diputados. Tampoco dan las cuentas, por lo que necesariamente tendría que recurrir al centro: dos formaciones que suman la nada despreciable cifra de 21 parlamentarios. Y aquí va a estar precisamente la clave. Yair Lapid, líder de Yesh Atid, ya estuvo presente en el gobierno anterior, provocando con su marcha y la de Tzipi Livni, la caída del mismo. ¿Estaría dispuesto a repetir en un nuevo gabinete presidido por Netanyahu? La otra opción es Kulanu, dirigido por un disidente del Likud, Moshe Kahlon. De hecho, todos los cantos de sirena le apuntan a él y parece haberse convertido en la llave que abra la puerta del nuevo ejecutivo israelí. Es aquí donde realmente Netanyahu se juega la reelección y donde tendrá que ceder si pretende mantenerse en el poder, ya que otra coalición es posible. En efecto, si los partidos de centro optasen por apoyar a la alianza anti-Netanyahu, con la suma de los votos árabes y de los socialdemócratas, Isaac Herzog aún podría acceder a la jefatura de gobierno. Tal probabilidad es muy remota, pues, de hecho, el líder laborista prácticamente ya tiene asumido su papel en la oposición. Sólo nos queda esperar que, al menos, los centristas vendan cara su participación...

18 de marzo de 2015

Publicado en *El Diario Vasco*, 23 de marzo de 2015, p. 18 y en *El Correo*, 23 de marzo, p. 32 con el título ¿Todo igual en Israel?